

# La naturaleza intocada

Javier Rodríguez

Hace algún tiempo en las páginas del diario británico *The Guardian*, George Monbiot publicaba una columna que bajo el título «Conservacionistas, enemigos de la tierra» provocó un fuerte debate entre aquéllos que anteponen la preservación de una naturaleza pristina, no tocada (conservacionistas) y los defensores del llamado «ecologismo de los pobres».

En opinión de este prestigioso ecologista británico a la nutrida lista de depredadores de este mundo (compañías mineras y petroleras, gobiernos represivos y bancos) debemos añadir uno nuevo: los conservacionistas. Secretistas y opacas, algunas de las más grandes organizaciones conservacionistas se están convirtiendo en uno más de los piratas neocoloniales. Y la verdad, casos que respalden este aserto no faltan. Quizás el más paradigmático de ellos, aunque no el único como veremos, es el de la presa Nam Theun 2 en Laos, uno de los más destructores programas hidroeléctricos que se hayan concebido en nuestro planeta. Este proyecto respaldado por el Banco Mundial, inundará 470 kilómetros cuadrados de importantes bosques y pastizales de la llanura Nakai. Varias especies raras de animales desaparecerán. Las pesquerías, parte fundamental en la dieta de los pueblos indígenas de la zona, serán destruidas. Sin embargo estos datos no son tomados en cuenta a la hora de realizar el estudio de impacto ambiental. No hay que engañarse: el Banco Mundial, una institución que deja mucho que desear, ha estado financiando este tipo de presas durante muchos años. Lo que sorprende en este caso es que nos encontramos con dos grupos conservacionistas entre los que apoyan la construcción de



dicha presa: La Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza (UICN) y la Sociedad para la Conservación de la Vida Salvaje (WCS). Ambas organizaciones reconocen el potencial destructivo de esta presa. Pero ellas defienden que ello será la única manera de que los donantes internacionales depositen el suficiente dinero para apoyar sus planes de conservación de lo que quede de la llanura Nakai. Ambas organizaciones sostienen que tanto los bosques como la vida salvaje de la llanura están siendo gradualmente esquilados por la caza y los cultivos de roza de la muy abundante población indígena. Así la WCS quiere que esta población abandone el área de conservación de Nakai-Nam. La UICN, más moderada, se conforma con que los indígenas abandonen sus prácticas tradicionales y adopten los «estilos de vida alternativos» que la organización prescribe. El proyecto de construcción de la presa reportará a estas organizaciones el dinero que necesitan para conformar un «uso adecuado» de la zona. Por ejemplo, la UICN ha pedido al Banco Mundial 65 millones de dólares. Sin embargo ni la UICN ni la WCS han podido demostrar que la población local constituya una amenaza para el ecosistema.

De hecho si este área está tan bien conservada hay que suponer que el manejo indígena de los recursos tiene mucho que ver con ello.

Las experiencias constatadas a lo largo del mundo sugieren que un reforzamiento, no un debilitamiento, de los derechos de las poblaciones locales es el único medio de asegurar un manejo sostenible del ecosistema: ellos son los primeros interesados en mantener la riqueza de su medio ambiente. Forzar a estas poblaciones a que se dediquen a cultivos para la exportación y que abandonen sus cultivos tradicionales, como defiende la UICN, es la manera más segura de destruir el medio ambiente. Pero ni los derechos humanos ni los impactos medioambientales parecen preocupar demasiado a organizaciones como la WCS. Junto con el Instituto Smithsonian, la WCS está colaborando con el régimen birmano (un régimen bien conocido por continuos atropellos a los derechos humanos). A principios del 97 el gobierno militar birmano recolocó a la fuerza a 30.000 personas, para destinar la zona en la que vivían en reserva natural. 2.000 personas fueron asesinadas. En Honduras, el gobierno ha decretado la creación de dos Parques Nacionales en zona garífuna, el de Cayos Cochinos y el de Punta Sal. Desde su llegada a Honduras en 1797 los garífunas han sido los mejores protectores de los recursos naturales de la región. Sin embargo no han sido tenidos en cuenta por el gobierno a la hora de desarrollar estos proyectos. Con quien sí ha contado el gobierno para ello ha sido con el Instituto Smithsonian, que ejerce de asesor científico. Las medidas tomadas por los representantes del Smithsonian para obligar a los indígenas a cumplir las medidas por ellos decretadas son exageradamente drásticas, habiéndose llegado a colocar trampas con palos llenos de clavos oxidados para acabar con la recogida de leña. Medidas que por otra parte sólo parecen aplicarse a garífunas y mulatos, ya que los barcos que faenan la pesca industrial siguen realizando sus actividades amparados en poderosos grupos económicos. La miope política medioambiental seguida en la zona, así como el desarrollo especulativo que se está produciendo alrededor de Cayos Cochinos llevan a los garífunas a sospechar que todas estas actividades tengan como objetivo final la promoción del desarrollo turístico de la zona, en la que ellos sólo tendrán ca-

bida como camareros o atracciones folclóricas. En la isla de Palawan (Filipinas), el Parque Subterráneo de San Pablo, establecido en los 70, se convirtió en 1989 en un proyecto de intercambio «deuda por naturaleza» del programa de WWF-USA. Las 5.300 hectáreas del parque se hallan en tierras *Batak*. Antes de 1989 los *Batak* cazaban en esa tierra, pero una vez que se estableció el nuevo programa, guardias de seguridad impidieron el acceso. Se han denunciado arrestos e intimidación. En 1994 en otra iniciativa conservacionista se impuso en esta isla una prohibición total de rozar el bosque para labrar. Aunque últimamente se ha anunciado un levantamiento parcial de esta medida, se siguen exigiendo múltiples permisos. Todo ello ha llevado a la población local a sufrir severa carestía de alimentos. Los agricultores indígenas cultivan variedades autóctonas de arroz y otras plantas que se mantienen gracias a un ininterrumpido ciclo agrario. La producción amenaza este ciclo y puede provocar la pérdida de biodiversidad. Al mismo tiempo el gobierno tolera en la misma zona a los madereros, los colonos con sus granjas y las petroleras. Edward Hegedorn, alcalde de Puerto Princesa, capital de Palawan ha recibido condecoraciones por sus medidas conservacionistas, medidas que han conducido a los indígenas a la indigencia y servidumbre. Cooperantes que han trabajado en África del Este han visto como las comunidades locales han sido expulsadas de sus tierras y excluidas de los beneficios que estas tierras generan, gracias a organizaciones conservacionistas con gran influencia sobre los gobiernos y que determinan que sucede dentro y alrededor de las áreas naturales para servir sus propios intereses. Además ello ha empujado a estas comunidades a sobreexplotar el resto de la sabana. Los proyectos conservacionistas son vistos más como una amenaza que una bendición ya que se imponen a costa de las poblaciones indígenas locales. Los *Vedda*, último pueblo aborigen sobreviviente de Sri Lanka, fueron expulsados del Parque Nacional de Nadura Oya en 1983 como parte del Programa de Desarrollo Mahaweli. Pueblo de cazadores-recolectores se vieron obligados a convertirse en cultivadores de arroz, lo que ha mutilado gravemente a la sociedad *Vedda*. Funcionarios y policías hostigaron a un pequeño grupo que se negó a abandonar el parque. Su presencia en sus tierras ancestrales era ilegal, igual que su modo de

vida porque la caza y la recolección de miel, plantas o raíces (actividades esenciales para su supervivencia) estaban en contra de las normas del parque.

El desalojo forzoso para crear parques o reservas naturales es costoso e ineficaz, destruye los modos de vida indígena y es una intolerable violación de los derechos humanos, además de ser una cobertura bajo la cual se esconden siniestras políticas de asimilación.

El problema es tan viejo como el mismo movimiento conservacionista. La mayoría de los conservacionistas occidentales mantienen aún una concepción romántica y eurocéntrica de la naturaleza concebida como espacio salvaje, virgen e inhabitado, ajeno y no contaminado por la humanidad. Esta idealización, respuesta lógica frente a los efectos deshumanizadores de la sociedad industrial, es obviamente seductora. La «naturaleza salvaje» se convierte en un lugar de refugio para los habitantes de las ciudades y es un concepto útil para las compañías que quieren demostrar sus credenciales «verdes». Según esta concepción, los habitantes originarios de estos lugares «vírgenes» son, en el mejor de los casos, un estorbo dentro del gran mito romántico y, en el peor, una amenaza que será rechazada con alambradas y pistolas. El profesor Bernhard Grzimek, conservador del zoo de Francfort en tiempos de Hitler y firme defensor del Parque Nacional Serengeti decía: «Un parque nacional debe permanecer intocado para ser efectivo. Nadie, ni siquiera los nativos, debería de vivir dentro de sus límites». Pero si exceptuamos la Antártida, la naturaleza salvaje no existe: toda la tierra está modelada por la mano humana. Este modelo conservacionista además de no ser humano ni siquiera es un realista modelo de conservación.

Por otro lado los grandes grupos conservacionistas se alían entre ellos y con el poder para despojar a los pobres.

Así WWF-Canadá acepta donaciones de INCO, una compañía cuyas minas de níquel están destruyendo la tierra y modos de vida de los *Innuit* de Newfoundland (Canadá). WWF-Canadá nominó recientemente a Shell para un premio medioambiental canadiense a pesar de que la compañía está masacrando a los *Ogoni* de Nigeria.

La cuestión clave es: ¿con quien hacemos alianza? No es suficiente buscar aquellos agentes que reclaman que representan al pueblo, o que están preocupados por el medio ambiente. Todo el mundo, desde la Shell a los intelectuales neofascistas, hablan ahora de empoderamiento y participación. Es necesario mirar más allá de las palabras a las políticas prácticas. Y construir relaciones de confianza con aquellos con los que compartimos las mismas políticas, con quienes insisten en los derechos de las comunidades locales a controlar sus propios recursos a través de sus propias instituciones y a definirse a sí mismos, no a ser definidos por otros.

## BIBLIOGRAFÍA

- BOLETÍN DE ACCIÓN URGENTE DE AMIGOS DE LOS INDIOS (Honduras), noviembre de 1995.
- BOLETÍN ACCIÓN URGENTE DE SURVIVAL INTERNACIONAL (Filipinas), agosto de 1996.
- HILDYARD, Nicholas: «Estrategias multinacionales». *Hika*, nº 87, marzo de 1998.
- GARSDIE, Richard y Dr. Charles LANE: «Conservando sus intereses», *The Guardian*, agosto de 1997.
- MONBIOT, George: «Conservacionistas enemigos de la tierra». *The Guardian*, 7/8/1997.
- SURVIVAL INTERNACIONAL: «¿Parques o gente?», *Survival* nº 35, 1996.

